



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año VII | Número 24 | Agosto 2026

Albergar la locura: reflexiones sobre el biopoder y la clínica de la singularidad

Agustina López¹

agustinalopez@usi.edu.ar

¹ Psicoanalista, Lic. En Psicología (UBA) y Magíster en Psicoanálisis (UBA). Especialista en Psicoanálisis y diplomada en ESI (UNSAM). Docente de Grado y posgrado en la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM), en la Universidad de San Isidro (USI) y Universidad de Buenos Aires (UBA). Miembro del comité editorial en UNSAM edita para la Serie Tyché.

Muchos jóvenes de hoy parecen desconocer el significado de biopoder un término definido por Michel Foucault en su *Historia de la Sexualidad*. Al retomar viejas lecturas me sorprende la vigencia de estas ideas que, aunque gestadas en otro contexto, pueden pensarse también en nuestra actualidad.

A través de esta “arqueología de las letras” retomé días atrás este término. El biopoder se constituye como el conjunto de técnicas mediante las cuales los Estados ejercen un control social de la población. Este dominio era ejecutado, fundamentalmente, a través de la manipulación y exploración de los cuerpos. Pero ¿Sobre qué cuerpos recaía esta acometida? Se trataba de un intento por socavar el cuerpo social atacando sus aristas más vulnerables: los cuerpos afectados, cuerpos de sufrimiento y dolor, cuerpos de ambigüedad, cuerpos singulares.

La estrategia era tan sencilla como tendenciosa: donde la diferencia se manifestaba, el plan consistía en silenciarla.



Hospital Neuropsiquiátrico Santa María de Punilla. Córdoba.

Históricamente, los cuerpos fueron protagonistas de un largo “proceso higienista” de “limpieza social”. La depuración de la sociedad se convirtió, en el siglo 19, en un objetivo político clave, diseñado específicamente para excluir y segregar lo distinto; los locos, los enfermos.

De esta época surgieron instituciones como los hospitales neuropsiquiátricos, espacios creados para “albergar” las locuras, pero cuya verdadera función era

categorizar, domesticar y neutralizar la psicopatología en favor del orden establecido.

Eran ámbitos especialmente preparados para confinar los trastornos mentales, los delirios, las alucinaciones, las agitaciones paroxísticas; convulsiones que la medicina de la época ansiaba comprender y, sobre todo, dominar. En aquel entonces, el desconocimiento de la enfermedad mental funcionaba como el motor de una curiosidad científica que, bajo el manto de la investigación, justificaba la exploración sin límites.

Sin embargo, detrás de esa mascarada académica, muchas de sus prácticas hacia los enfermos eran represivas, coercitivas y centradas en la reclusión del padecimiento. En virtud de los supuestos “tratamientos” incluían métodos tales como la hidroterapia de choque, donde se sumergía a los pacientes en agua helada para “apaciguar el cuerpo”; la sujeción mecánica mediante chalecos de fuerza, sillas giratorias diseñadas para inducir el mareo; purgas químicas y encierros prolongados en celdas reducidas. Todas estas intervenciones se ejecutaban bajo la premisa de la curación, pero su función no solo era una medida destinada a la cura, sino también una “decisión de Estado” para segregar la locura y proteger la apariencia de sanidad de la sociedad.

En la actualidad, muchos abordajes de la salud mental, tendientes a buscar la desaparición del conflicto, sostienen prácticas idóneas al biopoder: la medicalización desmedida de padecimientos subjetivos, la patologización excesiva, la urgencia por acallar el síntoma; todas ellas hijas del discurso capitalista. Lejos de constituir una praxis comprometida con la dimensión subjetiva, estas intervenciones replican prácticas segregativas que intentan silenciar, una vez más, aquello que no encaja.

La historia de estos cuerpos sometidos y vulnerados constituye un pilar fundamental para la memoria colectiva, especialmente para quienes trabajamos en el campo de la salud mental.

El silenciamiento, el control de las almas y los cuerpos, los fantasmas, los deseos acallados deben permanecer presentes como recordatorio de una época marcada por el prejuicio moral y la exclusión de la diferencia.

Para honrar esa memoria, me permito interrogar el sentido del término “albergar”. Si su definición implica alojar, contener, acoger, cabe preguntarse: ¿Qué albergaban realmente aquellos espacios? Problematicar esta palabra, -tanto en la historia como en nuestra práctica actual- debe constituir nuestro horizonte profesional. Un horizonte plagado de incertidumbres, de dudas, de interrogantes y desafíos, donde el saber académico muchas veces resulta insuficiente. Es allí donde el saber-hacer (*savoir-faire*) surge como la única respuesta posible frente a la singularidad de cada caso.

Nuestro mayor desafío consiste en habitar las preguntas que surgen en nuestra clínica, sin precipitar respuestas inmediatas; sostener la pausa necesaria para intervenir no solo desde el conocimiento teórico, sino desde ese *savoir-faire* comprometido con el sujeto.

Reconocer las huellas del biopoder en nuestra historia es el primer paso para no repetirla, un desafío que hoy incluye transformar ese acto segregativo en una apuesta ética; la de volver a albergar, esta vez, lo más humano de la locura: su irreductible singularidad.

Bibliografía

M. Foucault. *Historia de la Sexualidad*. Buenos Aires, Siglo 21, 2008.

M. Foucault. *Los Anormales*. Buenos Aires, Fondo de cultura económica, 1999.

J. Lacan. *El Seminario, libro 23: El Sinthome* (1975-1976). Buenos Aires, Paidós, 2013.